



**VOS
NO
PARE-
CÉS
NEGRO**

EDGAR BENÍTEZ

El cuerpo humano es de múltiples colores. Roja es la sangre, blancas las escleróticas, marrón la mierda, amarillo los orines, rosada la lengua. La pluralidad cromática de nuestro cuerpo es amplia. Sin embargo, vemos en la gente, y la gente ve en nosotros, un solo color. El color de la piel. Hay quienes se ven blancos, negros, amarillos e incluso azules, y así los vemos y así nos ven. Incluso, en nuestra infancia, algunos usábamos el cuestionable lápiz color piel, que era también uno solo.

“**E**lla es una mujer de color” es una frase que encierra el intento de decir -sin decirlo- que ella es de determinado color (negro). Los ejemplos de la simplificación cromática son numerosos, pero indican un asunto simple: al hablar de los colores del cuerpo nuestro vocabulario es usualmente limitado. Vemos un solo color.

A esta cuestión de la simplificación se le suma otra de la que me interesa hablar, y es ¿cómo nos damos cuenta de ese color de alguien? Sabemos bien que la percepción del color depende del tipo de luz y de la calidad de la naturaleza de la superficie sobre la que recae la luz emitida. Así, el color no es una propiedad de los objetos, sino la interpretación neurofisiológica de la refracción de la luz en los (incoloros) objetos. Pero en el caso de los cuerpos, la interpretación que hacemos de las ondas de luz es de otro tipo. La misma luz, las mismas ondas, pero vemos con algo más que los ojos.

Hace unos años fui con mi pareja a la casa de mis padres para que se conocieran. Llevábamos algunos meses saliendo, y pensamos que era buen tiempo para la presentación en familia. Todo salió bien. Después de la cena y cuando ya estábamos solos, ella me miró y me dijo entre risa y

chanza “yo no sabía que sos negro”. Nos reímos un buen rato, incluso hasta hoy. Le pedí obviamente que me explicara la frase. Fue honesta y me dijo que sólo hasta que vio a mi papá (y las fotos de mi familia paterna), cayó en cuenta de mi “ascendencia cromática”, con la inesperada conclusión de que soy negro.

En otra ocasión, un profe amigo trataba de responder el cuestionamiento de un profesor invitado que criticaba la baja diversidad étnica o racial en la universidad donde trabajo. Este último profe quería señalar cómo la nula participación de profesores afro era reflejo de un racismo institucional, que reforzaba su idea de universidad de élite (blanca) que tenía en mente. Como contra-ejemplo a tal generalización, fui mencionado en la conversación (“ahh, pero ahí está Benítez”). Sin embargo, para el profe visitante emplearme como evidencia no resultaba convincente, pues según él, yo no contaba porque no era negro. Años después, en la primera o segunda salida a tomar algunas cervezas con mis compañeros de doctorado en Estados Unidos, uno de ellos me preguntó cómo era el tema del racismo para nosotros los negros en Colombia. Pensé durante unos segundos cómo responder (y cómo traducir), pero, antes de decir algo, me preguntaron si yo era realmente negro en mi país, pues tenían sus dudas.

Estas situaciones de daltonismo racial, tan personales que resisten cualquier generalización, hablan de una cuestión fundamental: qué es lo que vemos cuando vemos a otros, especialmente, cuándo vemos a alguien como negro o cuándo no. Esto no se resuelve con la ingenua y bienintencionada apelación al autoreconocimiento. Lo que otros vean en mí, o cómo me vean, no depende de cómo me defina a mí mismo.

¿Qué hizo que mi novia no me viera como negro antes de conocer a mi papá? ¿Qué hace que para un profe yo fuese ejemplo de “presencia afro” y para otro no? ¿Por qué la pregunta de si soy considerado como negro en mi país? Creo que estas cuestiones (que dejaré irresponsablemente sin resolver) se han dado porque mi piel no es suficientemente oscura (o clara) para que la clasificación racial tradicional (negro vs. otros colores) opere sin ambigüedades. Como quien dice, a los café-con-leche nos ven como negros (o no), dependiendo de otros factores, más allá de la interpretación neurofisiológica que hace nuestro cerebro de la refracción de la luz sobre la piel.

Propongo que uno de esos factores es qué tan bien –o no– nos comportamos como negros o negras o, mejor dicho, qué tan bien nos queda nuestra actuación (*performance*) racial. Ver la piel de alguien pasa menos por los ojos que por la sociedad en algunos casos.

Al hablar del *performance* racial aludo a la idea que West y Zimmerman popularizaron respecto del género (*gender*) en los años 80s. Bajo el anglicanismo *doing gender*, sugirieron que nuestro género (masculino/femenino) es una interpretación que otros hacen de nuestra forma de presentar en público una representación adecuada de la expectativa de comportamiento correspondiente a la asignación social de la categoría sexual. Dicho de manera menos pretenciosa: lo que hacemos para afirmar nuestra pertenencia a determinado sexo (hombre/mujer) es tratar de actuar bien (un buen *performance*) para que los otros no se confundan y sepan que (realmente) somos hombres o mujeres. Esa actuación es lo que denominamos género.

¿Algo similar ocurre con la raza o el color de piel? Creo que sí en ciertos casos. Los demás se sirven de nuestros gestos, ademanes, vocabulario, expresiones, historias de vida, discursos, o ciertas habilidades para interpretar si éstas corresponden o no con la idea que tienen de negro o de negritud, y es por medio de éstas que nos ven como negros o no. De cierta forma, al parecer, mi *performance* racial ha sido defectuoso o incompleto, pues al fin y al cabo siempre cabe la duda de si me veo como negro o no. Una cuestión que resulta ser ventajosa en un país racista como el nuestro. Sin duda. Una cuestión poco importante para algunos que, como yo, no hemos hecho de la racialidad el centro de nuestro relato identitario. Pero, de cualquier forma, una cuestión que alude en últimas a la naturaleza social de la piel. Lo cual nos libera de creer en naturalismos fenotípicos que nutren las historias de superioridad o inferioridad racial, pero, al mismo tiempo, nos condena a la mirada del otro, quien nos ve a través de sus prejuicios, convicciones o estereotipos, es decir, a través de su piel.

EDGAR BENÍTEZ

Salsero, americano y lector. Sociólogo cuando está entre economistas y economista cuando está entre sociólogos. Su liberalismo político, protestantismo religioso y herencias paternas le hacen difícil reconocerse como afrocolombiano, pero sus raíces están profundamente afincadas entre Caloto, Villa Rica y Puerto Tejada, Cauca. Por esta temporada ejercita su paciencia cuando al saludarlo familiares, amigos o colegas, le preguntan “¿y cómo va la tesis?”. Es profesor e investigador en la Universidad Icesi de Cali, hace parte del Centro de Ética y Democracia, y del Centro de Estudios Afrodiaspóricos-CEAF.